

aconsejarle, como amigo, la modestia en medio de su grandeza, ó para amenazarle, como enemigo, con la inconstancia de la fortuna, le envió una fuente de plata llena de confites, y oculto bajo éstos, un clavo que, descubierto y visto por todos los convidados, interpretaron la cosa como advertencia para que fijara la rueda de la fortuna porque, habiéndole puesto en la mayor altura, necesariamente si seguía rodando, le conduciría al abismo. Justificaron esta interpretación primero su ruina, y después su muerte (1380).

Después de esta ejecución quedó la ciudad perturbadísima, porque vencedores y vencidos estaban temerosos. Este miedo, sobre todo en los gobernantes, producía los más desastrosos resultados, pues por el más pequeño accidente condenaban á muerte, ó amonestaban ó desterraban á sus adversarios; á lo cual se añadan nuevas leyes y ordenanzas para la seguridad del Estado, hechas casi siempre en daño de los sospechosos al partido dominante. Por una de estas disposiciones nombraron cuarenta y seis ciudadanos que, en unión con los Señores, purgaran la republica de sospechosos. Amonestaron éstos á treinta y nueve florentinos, é hicieron á muchos del pueblo nobles, y á muchos nobles plebeyos.

Para contrarrestar las fuerzas exteriores, tomaron á sueldo al inglés Juan de Agut, reputadísimo capitán, que, al servicio del Papa ó de otros soberanos, militaba hacía tiempo en Italia.

Los temores de peligros exteriores los originaba el saberse que se organizaban varias compañías de gentes de armas de Carlos de Durazzo para la empresa contra el reino de Nápoles, siendo fama que se alistaban en ellas muchos desterrados florentinos. Contra este peligro

se proveyó, no sólo con la fuerza armada, sino con bastante dinero, porque al llegar Carlos de Durazzo diéronle los florentinos 40.000 ducados á condición de que no les molestase, y éste realizó felizmente su empresa, ocupando el reino de Nápoles y enviando presa á Hungría á la reina Juana.

Esta victoria produjo nuevos recelos en los que á Florencia gobernaban, porque no podían creer que en el ánimo del Rey influyera más el dinero dado que su antigua amistad con los güelfos, á quienes oprimían por modo tan ultrajante.

XX. A medida que crecían los temores multiplicábase las ofensas que, lejos de apagar los recelos, les daban mayor fuerza, siendo general el descontento. Lo aumentaba la insolencia de Jorge Scali y de Tomás Strozzi, cuya autoridad era superior á la de los magistrados, pues cada cual temía ser atropellado por ellos, contando, como contaban, con el apoyo de la plebe; de modo que, no sólo á los buenos ciudadanos, sino también á los sediciosos parecía aquel gobierno tiránico y violento.

Como la insolencia de maese Jorge había de acabar alguna vez, ocurrió que uno de sus domésticos acusó á Juan de Cambio de conspiración contra el Estado; el Capitán le encontró inocente (1381) hasta el punto de que el juez quería castigar al acusador con la misma pena que hubiera impuesto al reo si fuera culpado, y no pudiendo maese Jorge salvarle ni con súplicas ni con su influencia, fueron él y Tomás Strozzi con multitud de gente armada, y á la fuerza le pusieron en libertad, saquearon el palacio del Capitán y obligaron á éste á esconderse para salvar la vida.

El atropello produjo tanta indignación en la ciudad contra Scali, que sus enemigos creyeron el momento oportuno para acabar con él y librar á Florencia, no sólo de sus manos, sino también de las de la plebe que, desde hacía tres años, por su osadía, tenía la ciudad sojuzgada. Contribuyó al buen éxito de este proyecto la determinación del Capitán que, acabado el tumulto, presentóse á los Señores y les dijo que aceptó de buen grado el cargo para el cual la Señoría le había elegido, porque creía servir á hombres justos, capaces de tomar las armas para favorecer, no para impedir la justicia; pero después de ver y probar el gobierno de la ciudad y su modo de vivir, aquella dignidad que con satisfacción tomó por conquistar honra y provecho, con igual satisfacción la devolvía por evitar daños y peligros.

Los Señores reanimaron al Capitán prometiéndole indemnización de los perjuicios y seguridad para lo porvenir. Varios de ellos conferenciaron con algunos ciudadanos de los que juzgaban más amantes del bien público y menos sospechosos al gobierno, conviniendo en que la ocasión era oportuna para librar á la ciudad del poder de maese Jorge y de la plebe, puesto que el último atropello les había enajenado la opinión pública, y determinaron aprovecharla inmediatamente, antes de que la indignación se calmara, porque sabían que por cualquier accidente, por pequeño que sea, se pierde ó se gana el favor popular. Creyeron que para realizar el proyecto necesitaban atraer á su causa á Benedicto Alberti, porque, sin su ayuda, estimaban la empresa peligrosa.

Era maese Benedicto hombre riquísimo, humano, severo, amante de la libertad de su patria y á quien desagradaban mucho los procedimientos tiránicos, por lo

cual fué fácil conseguir que permaneciera tranquilo y consintiese la pérdida de Jorge. Por la insolencia y altanería de los güelfos y de la burguesía rica, fué enemigo de ellos y afecto á la plebe; pero en vista de que los jefes de ésta imitaban la conducta de aquéllos, se había separado de ellos ha tiempo, no teniendo parte en las ofensas que, sin su consentimiento, hacían á muchos ciudadanos. Los mismos motivos, pues, que le hicieron partidario de la plebe, le alejaron de este partido.

Contando los Señores con maese Benedicto y con los jefes de las corporaciones de artes y oficios, y provistos de armas, fué preso Jorge Scali. Tomás huyó. Al día siguiente decapitaron á Jorge, con tanto terror de sus partidarios, que nadie se movió; al contrario, todos ayudaron á su ruina.

Por ello viéndose Scali llevar al cadalso ante aquel pueblo que poco tiempo atrás le adoraba, dolióse de su desdichada suerte y de la perversidad de los ciudadanos que le habían obligado á maltratar injustamente á algunos para favorecer y halagar á una muchedumbre sin fe ni gratitud; y al reconocer entre los hombres armados á Benedicto Alberti, le dijo: «¿Y tú, maese Benedicto, consientes que se me trate de modo que, de estar yo en tu caso, jamás permitiría te trataran? Pues te anuncio que este día es el último de mis males y principio de los tuyos.» Quejóse después de sí mismo por confiar demasiado en un pueblo que por cualquier acto, discurso ó sospecha se deja llevar y seducir y condoliéndose de esta suerte murió en medio de sus enemigos armados y satisfechos por su muerte. Fueron después muertos algunos de sus íntimos amigos, cuyos cadáveres arrastró el populacho.

XXI. La muerte de Scali conmovió toda la ciudad, porque para realizarla fueron muchos los ciudadanos que se armaron en apoyo de la Señoría y del Capitán del pueblo, y no pocos tomaron las armas por ambición ó por miedo. La diversidad de intereses y pasiones inspiraba á cada partido propósitos diferentes y, antes de dejar las armas, todos deseaban conseguirlos. Los antiguos nobles, llamados grandes, no podían sufrir verse privados de los cargos públicos, y procuraban por todos los medios recuperar este honor, deseando para ello que se devolviera la autoridad á los capitanes de barrio. Desagradaba á la burguesía rica y á las artes y oficios mayores que concurrieran á gobernar con ellos las artes y oficios menores y el pueblo bajo. Por su parte, las artes menores más querían aumentar que disminuir su influencia, y la plebe temía perder la independencia de sus corporaciones de artes y oficios.

Esta disparidad de intereses produjo en Florencia durante un año muchos tumultos. Unas veces tomaban las armas los grandes, otras la clase media, otras los de las artes menores y el pueblo bajo con ellos, y en muchas ocasiones en diversos barrios de la ciudad todos á la vez estaban armados, manteniendo lucha entre sí y con los defensores del Palacio, porque la Señoría, ora cediendo, ora combatiendo, ponía como mejor le era posible remedio á tantos desórdenes. Por fin, después de dos parlamentos y más *Balias* ó Consejos extraordinarios, nombrados para reformar el gobierno; después de muchos daños, trabajos y peligros gravísimos, se organizó un gobierno que abrió las puertas de la patria á todos los desterrados desde que Silvestre de Médicis había sido Confaloniero. Quitáronse las dignidades y sueldos á

cuantos los habían obtenido de la *Balia* de 1378, y fueron devueltos los honores al partido güelfo. Las dos corporaciones nuevas de artes y oficios quedaron disueltas y privadas de sus jefes, y los que las formaban incorporados á las antiguas. Fueron también privadas las artes menores del derecho de turnar en el nombramiento del Confaloniero de justicia, siendo, además, reducido de la mitad á la tercera parte el número de cargos públicos que proveían, sin comprender en éstos ninguno de los de mayor importancia. De esta suerte el partido de la alta burguesía y de los güelfos recuperó la gobernación del Estado, perdiéndola la plebe, que la había ejercido desde 1378 hasta 1381 en que ocurrió esta novedad.

XXII. No fué este nuevo gobierno menos injusto con los ciudadanos ni menos opresor en sus comienzos que si lo hubiera ejercido la plebe, porque muchos de la alta burguesía, tachados de defensores de aquélla, juntos con gran número de jefes de la plebe, fueron proscritos, y entre ellos Miguel de Lando, á quien no salvó del furor del espíritu de partido tantos beneficios como se debieron á su autoridad, cuando las turbas licenciosas y desenfrenadas arruinaban la ciudad. A sus buenos servicios fué, por tanto, la patria desagradecida; falta que con frecuencia cometen los príncipes y las repúblicas, ocasionando que los hombres, precavidos por tales ejemplos, empiecen á atacarles antes de ser víctimas de su ingratitud.

Estas muertes y destierros desagradaron, como siempre que tal cosa sucedía, á Benedicto Alberti, y pública y privadamente las censuraba. Por ello empezaron á temerle los jefes del gobierno, considerándole uno de los principales amigos de la plebe y creyendo que, si consin-

tió en la muerte de Jorge Scali, no fué porque su conducta le desagradara, sino por quedar único dueño del gobierno. Sus palabras y su conducta aumentaban estas sospechas, por lo cual el partido dominante acechaba la ocasión de oprimirle.

Mientras en Florencia se vivía en estas condiciones, los sucesos exteriores no fueron muy graves, causando más miedo que daño. Por entonces vino á Italia Luis de Anjou, para devolver el reino de Nápoles á la reina Juana y echar de él á Carlos de Durazzo. La venida de Anjou asustó grandemente á los florentinos, porque Carlos, según costumbre de antiguos aliados, les pidió auxilio, y Luis, como quien busca nuevas amistades, les pedía que permanecieran neutrales. Los florentinos, para satisfacer á Luis de Anjou en la apariencia y ayudar á Carlos, apartaron de su servicio á Juan de Agut, haciendo que se pusiera al del papa Urbano, amigo de Carlos. Conoció Luis fácilmente el engaño, y lo tomó por grave ofensa de los florentinos.

Mientras Luis y Carlos peleaban en la Pulla, vinieron de Francia nuevas tropas en favor de Luis y, reunidas en Toscana, los proscritos aretinos las condujeron á Arezzo, expulsando de allí al partido que en nombre de Carlos gobernaba.

Intentaban hacer en Florencia el mismo cambio que habían hecho en Arezzo, cuando ocurrió la muerte de Luis, cambiando por este suceso el aspecto de las cosas en la Pulla y en Toscana, porque Carlos de Durazzo afirmó su poder en el reino que tenía ya casi perdido, y los florentinos, que dudaban poder defender á Florencia, adquirieron Arezzo, comprándolo á los que lo tenían á nombre de Luis de Anjou (1384).

Asegurado de la Pulla, dejó allí á su mujer con sus hijos Ladislao y Juana, ambos de corta edad, según oportunamente dijimos, y fué á Hungría, cuyo reino acababa de heredar, y del cual tomó posesión, muriendo al poco tiempo.

XXIII. Por el advenimiento de Carlos al trono de Hungría, celebráronse en Florencia fiestas más grandes y solemnes que las habidas en cualquier otra ciudad para celebrar victorias propias. Brilló la magnificencia pública y particular, porque muchas familias rivalizaron en los festejos con el Estado. Pero la que á todas superó en pompa y lujo fué la familia Alberti, porque las fiestas, justas y torneos hechos á su costa fueron más dignas de un príncipe que de un particular. Por ello aumentó la envidia contra los Alberti, la cual, unida á las sospechas que á los gobernantes inspiraba maese Benedicto, ocasionó su ruina. Los que estaban al frente de los negocios públicos le veían con recelo, por creer que en cualquier momento podía, con auxilio de la plebe, recobrar su autoridad y expulsarles de la ciudad.

Estos temores agitaban su espíritu, cuando ocurrió que, siendo maese Benedicto confaloniero de las compañías (1387), fué nombrado Confaloniero de justicia Felipe Magalotti, su yerno, aumentando con ello los recelos de los gobernantes, en cuya opinión maese Benedicto acumulaba demasiada fuerza con no poco peligro del Estado. Para evitar sin ruido este inconveniente, alentaron á Bese Magalotti, su colega y enemigo, para que manifestara á los Señores que Felipe, por no tener la edad exigida para desempeñar aquel cargo, ni podía ni debía obtenerlo.

Examinaron los Señores la reclamación, y, unos por

resentimiento y otros por evitar el escándalo, juzgaron á Felipe inhábil para ejercer el cargo, nombrando en su lugar á Bardo Mancini, completamente contrario á la facción plebeya y tan enemigo de maese Benedicto que, al tomar posesión, creó una *Balía*, la cual, al apoderarse y reformar la gobernación, desterró á Benedicto Alberti y amonestó á los demás miembros de su familia, excepto á maese Antonio.

Antes de partir reunió maese Benedicto á cuantos participaban de su infortunio y, viéndoles llorosos y entristecidos les dijo:

«Ya veis, parientes y deudos míos, cómo la fortuna me pierde y os amenaza; ni vosotros ni yo debemos maravillarnos, porque así sucede siempre á cuantos, viviendo entre muchos malos, quieren ser buenos y desean conservar lo que los más procuran destruir. El amor á mi patria me hizo amigo de Silvestre de Médicis y enemigo de Jorge Scali, y el mismo amor me obligaba á odiar la conducta de los que ahora la gobiernan. No hay quien castigue sus excesos ni tampoco quieren que haya quien los censure. Me satisface librarles con mi destierro de este temor que no sólo yo les inspiro, sino todos á los hombres honrados conocedores de sus malvados y tiránicos procedimientos, pues, al perseguirme, amenazan los demás. Poco me importa la pena impuesta, porque los honores que mi patria libre me ha concedido no me los puede quitar mi patria sierva, y siempre me consolará más la memoria de mi vida pasada, que me disgustarán las aflicciones del destierro. Dueleme dejar mi patria presa de unos cuantos, y sujeta á su soberbia y avaricia; dueleme por vosotros, porque estos males que hoy para mí acaban, y para vosotros comienzan, os cau-

saran mayores daños que los que yo sufro. Os aliento á recibir con ánimo tranquilo todo género de adversidades y á portaros de suerte que, al ser víctimas de algunas persecuciones, y lo seréis de muchas, todos estén convencidos de vuestra inocencia.»

Después de su partida, para dar en tierras extrañas tan buena opinión de su bondad como había dejado en Florencia, fué á visitar el sepulcro de Cristo, y á la vuelta murió en Rodas. Sus restos mortales fueron traídos á Florencia, y los enterraron con grandísimos honores los mismos que, en vida, le persiguieron con todo género de injurias y calumnias.

XXIV. No fué sólo la familia Alberti víctima de estos actos de tiranía, pues otros muchos ciudadanos fueron también amonestados y desterrados, entre éstos Pedro Benini, Mateo Alderotti, Juan y Francisco del Bene, Juan Benci, Andrés Adimari y gran número de artesanos de los oficios menores; y entre los amonestados los Covoni, Benini, Rinucci, Formiconi, Corbizzi, Mannelli y Alderotti.

Era costumbre crear la *Balía* por tiempo fijo; pero cuando los que la formaban cumplían su misión, por mostrar moderación y templanza renunciaban antes de terminado el plazo. Creyendo los miembros de ésta haber satisfecho las necesidades del Estado, querían, según el uso, renunciar; pero muchos, al saberlo, corrieron armados al Palacio, pidiendo que antes de la renuncia amonestaran y desterraran á numerosos ciudadanos. Desagradó esto en gran manera á los Señores, y les entretuvieron con promesas el tiempo necesario para reunir fuerzas, obligando por el miedo á aquellos sediciosos á deponer las armas que el furor les había hecho

empuñar. Sin embargo, para satisfacer en parte sus rabiosos instintos y para disminuir más la influencia de los artesanos plebeyos, determinaron que correspondiera á éstos, en vez de la tercera, la cuarta parte en la provisión de los cargos, y á fin de que entre los miembros de la Señoría hubiera siempre dos afectos al gobierno, autorizaron al Confaloniero de justicia y á otros cuatro ciudadanos para encerrar en una bolsa cierto número de nombres de personas escogidas, de cuya bolsa se sacaran dos para cada Señoría.

XXV. Organizado de esta manera el gobierno seis años después de la última reforma, que había sido hecha en 1381, vivió tranquila la ciudad hasta 1393. En este tiempo Juan Galeazzo Visconti, titulado Conde de Virtú, prendió á su tío Bernabé, y con ello se apoderó de toda la Lombardía. Creyó el Conde hacerse rey de Italia por medio de la fuerza, como había llegado á ser duque de Milán con la astucia, y empezó en 1390 una guerra muy activa contra los florentinos, siendo el éxito tan vario que muchas veces estuvo el Duque en más peligro que los florentinos.

Sin embargo, la muerte de aquél evitó á éstos perder la partida, aunque su defensa era valerosa y admirable para una república. El término de esta guerra fué menos malo que temerosa había sido mientras duró, porque cuando el Duque había tomado á Bolonia, Pisa, Perusa y Siena y tenía dispuesta la corona para coronarse en Florencia rey de Italia, murió sin coger el fruto de sus pasadas victorias y sin que los florentinos sintieran sus pérdidas presentes.

Durante esta guerra con el Duque de Milán fué nombrado Confaloniero de justicia Maso de Albizzi, que, por

la muerte de Pedro de Albizzi, era enemigo de los Alberti. Vivas aún las pasiones de los partidos, proyectó Maso, aunque Benedicto Alberti había ya muerto en el destierro, vengarse de los supervivientes de esta familia antes de cesar en su cargo. Aprovechó la ocasión que le proporcionaba el acusar á Alberto y Andrés Alberti un hombre á quien se interrogaba sobre inteligencias que había tenido con los rebeldes (1393) y mandó inmediatamente prenderles, por lo cual hubo en toda la ciudad perturbación tan grande, que los Señores, provistos de fuerzas para su defensa, convocaron la asamblea del pueblo y nombraron una *Balia*, la cual desterró á muchos ciudadanos, é hicieron poner nuevos nombres en las bolsas para las elecciones de los que habían de desempeñar los cargos públicos. Entre los desterrados estaban casi todos los Alberti, y además muchos artesanos fuero amonestados ó muertos.

Por tantos ultrajes las corporaciones de artes y oficios y el pueblo bajo se levantaron en armas, juzgando que á todos les quitaban la honra y la vida. Una parte de los amotinados vino á la plaza; la otra corrió á casa de Veri de Médicis, que, desde la muerte de Silvestre, era el jefe de aquella familia.

A los que acudieron á la plaza, los Señores les dieron por jefes, para sosegarles, con las banderas en la mano del partido güelfo y del pueblo, á Rinaldo Gianfigliuzzi y á Donato Acciaiuoli, por ser los burgueses más populares en la plebe. Los que fueron á casa de maese Veri le rogaban que se pusiera al frente del gobierno y les librara de la tiranía de aquellos ciudadanos destructores de los hombres buenos y del bien común.

Cuantos han narrado aquellos sucesos están de acuerdo

en que si Veri de Médicis hubiera sido más ambicioso que bueno, sin impedimento alguno se hiciera príncipe de la ciudad, porque las graves ofensas que, con razón ó sin ella, habían sido hechas á las corporaciones de artes y á sus amigos de tal manera impulsaban los ánimos á la venganza, que no faltaba, para satisfacer su deseo, sino un jefe que los dirigiera. Tampoco faltó quien recordara á Veri lo que podía hacer, porque Antonio de Médicis, que había sido durante algún tiempo su enemigo particular, le aconsejaba que se hiciera dueño de la República, á lo cual contestó Veri: «Ni tus amenazas cuando eras mi enemigo me atemorizaron, ni tus consejos ahora que eres mi amigo me causarán perjuicio»; y dirigiéndose después á la muchedumbre, la exhortó á no desanimarse, porque quería ser su defensor, si aceptaba sus consejos. Fué en medio de la multitud á la plaza; de allí subió al Palacio y dijo en presencia de los Señores que no sentía en manera alguna el amor que el pueblo florentino le profesaba, pero sí que tuviera de él una opinión que su vida pasada no justificaba, pues no habiendo dado jamás ejemplo de turbulento ó ambicioso, ignoraba de dónde nacía que se le creyese capaz de alentar escándalos, como hombre inquieto, ó de apoderarse del gobierno, como avariento de mando. Rogaba, por tanto, á la Señoría que no le imputara en su perjuicio la ignorancia de la multitud, puesto que, por su parte, se había puesto en manos de los Señores tan pronto como le fué posible.

Les recomendó que se limitaran á usar de la fortuna modestamente, prefiriendo una media victoria compatible con la salud del Estado á un triunfo completo á costa de la ruina de Florencia.

Elogiaron los Señores á maese Veri, y le exhortaron á que hiciera deponer las armas al pueblo, prometiéndole que después harían lo que él y los demás ciudadanos les aconsejaran.

Volvió Veri á la plaza; reunió sus compañías con las que mandaban Rinaldo y Donato y dijo á todos que había encontrado á los Señores perfectamente dispuestos en su favor; que habló con ellos de muchas cosas, pero que, por la brevedad del tiempo y la ausencia de los magistrados, nada habían convenido, por lo cual rogaba depusieran las armas y obedeciesen á la Señoría, seguros de que la conmovieran más la mansedumbre que la soberbia, los ruegos que las amenazas; no faltándoles seguridad, ni el goce de sus derechos, si se dejaban guiar por él. Fiando en sus palabras, cada cual volvió á su casa.

XXVI. Depuestas las armas, los Señores empezaron por poner la plaza en estado de defensa.

Alistaron después dos mil ciudadanos adictos al gobierno, ordenándolos en compañías y disponiendo que acudieran en su defensa inmediatamente que se les llamara. A los no alistados se les prohibió tomar las armas (1394). Hechos estos preparativos, condenaron á destierro ó á muerte á muchos artesanos de los que mostraron más audacia en el motín, y á fin de que el Confaloniero de la justicia tuviera más dignidad y consideración, fijaron la edad de cuarenta y cinco años para poder desempeñar dicho cargo.

Para seguridad del gobierno tomaron otras muchas determinaciones insufribles en concepto de aquellos contra quienes se dirigían, y odiosas en el de los hombres buenos del partido gobernante, quienes no juzgaban estable una situación que, para su defensa, necesitaba ape-

lar á tantas violencias. Este rigor no sólo desagradaba á los Alberti que habían quedado en la ciudad, y á los Médicis que creían haber engañado al pueblo, sino también á otros muchos ciudadanos.

El primero que trató de oponerse á tales violencias fué Donato, hijo de Jacobo Acciaiuoli. Ocupaba éste elevado rango en la ciudad, y era, más que colega, superior á Maso de Albizzi que, por las cosas hechas mientras era Confaloniero, casi se le consideró jefe de la República. No vivía satisfecho Donato entre tantos descontentos, ni quería buscar, como hacen muchos, en las desdichas públicas su particular provecho. Intentó, pues abrir las puertas de la patria á los desterrados ó al menos el derecho de desempeñar cargos á los amonestados, y esta opinión suya la decía al oído á los ciudadanos, advirtiéndole que no había otro medio de calmar al pueblo y de contrarrestar el espíritu de partido. Sólo esperaba para ejecutar sus designios llegar á ser miembro de la Señoría. Pero como en nuestros actos el dilatar la realización produce tedio y el apresurarla ocasiona peligro, resolvió, para huir del tedio, lanzarse al peligro.

Entre los Señores figuraban entonces su pariente Miguel Acciaiuoli y su amigo Nicolás Ricoveri. Juzgó Donato oportuno aprovechar esta ocasión y les indujo á proponer una ley al Consejo para llamar á los desterrados y levantar las amonestaciones.

Ambos Señores, persuadidos por Donato, hablaron con sus compañeros, que se mostraron contrarios á intentar novedades cuyo provecho era dudoso y el riesgo seguro.

Después de realizar, sin éxito, todas las tentativas pacíficas, movido por el despecho, hizo saber Donato á

los Señores que, si no querían valerse de los medios que tenían en su mano para restablecer el orden en la ciudad, sería restablecido por el de las armas.

Tanto ofendió esta amenaza que, conocida por los principales gobernantes, citaron á maese Donato; compareció, y convicto por los mismos á quienes había dado el encargo de comunicar á los Señores su propósito, fué desterrado á Barletta (1396). También lo fueron Alamanno y Antonio de Médicis, todos los que en esta familia descendían de Alamanno y muchos artesanos del pueblo que tenían influencia en la plebe. Todo esto ocurrió á los dos años de las reformas que hizo Maso en el gobierno.

XXVII. Así estaban las cosas en la ciudad, con muchos descontentos dentro de ella y muchos desterrados. Encontrábanse entre éstos en Bolonia Picchio Cavicciuli, Tomás de Ricci, Antonio de Médicis, Benedicto de Spini, Antonio Girolami, Cristóbal de Carlone y otros dos de baja condición, todos jóvenes audaces y dispuestos á arrostrar peligros por volver á su patria. Pigiello y Baroccio Cavicciuli, que vivían amonestados en Florencia, les hicieron saber secretamente que, si querían venir á la ciudad, les ocultarían en su casa, desde donde podrían salir para matar á Maso de Albizzi y llamar al pueblo á las armas porque, estando éste descontento, fácilmente se sublevaría, máxime sabiendo que los Ricci, Adimari, Médicis, Manuelli y muchas otras familias secundarían la empresa. Alentados por esta esperanza, vinieron á Florencia el 4 de Agosto de 1397, se ocultaron donde habían convenido, y enviaron á acechar á Maso, con cuya muerte querían empezar el tumulto. Salíó Maso de su casa y se detuvo en una botica de

San Pedro Mayor. Corrió el espía á decirlo á los conjurados, quienes tomaron las armas, y al llegar á la botica vieron que ya había partido Maso. No les arredró este primer fracaso de su intento, y se dirigieron al Mercado Viejo, donde mataron á uno del partido contrario. Empezado el tumulto, y gritando: *pueblo, á las armas; libertad y mueran los tiranos*, se dirigieron al Mercado Nuevo, y al extremo de Calimala mataron á otro. Continuaron su camino con las mismas excitaciones y no acudiendo nadie á armarse, se refugiaron en la galería de la Nighittosa. Colocados en sitio alto, y teniendo á su alrededor gran multitud que había acudido, más por curiosidad que por favorecerles, excitaban á voces á los hombres para que empuñaran las armas y salieran de aquella servidumbre que tanto odiaban, asegurando que las quejas de los descontentos, más que las propias ofensas, les movían á pedir el restablecimiento de la libertad, y el saber que muchos pedían á Dios ocasión para poder vengarse, lo que harían en teniendo jefes que les dirigiesen; llegada aquélla y presentes los caudillos, mirábanse como estúpidos unos á otros, esperando que los iniciadores de su libertad fueran muertos y caer ellos en más dura servidumbre. Maravillábanse de que aquellos que por mínima injuria solían acudir á las armas, por tantas ofensas no se movieran, sufriendo que tantos ciudadanos vivieran en el destierro y tantos amonestados, cuando estaba en su arbitrio abrir las puertas de la patria á aquéllos y restablecer el derecho de éstos al desempeño de los cargos públicos.

Estas excitaciones, aunque fundadas en hechos ciertos, no producían ningún efecto en la multitud, fuera por temor, ó porque los dos homicidios cometidos les

hicieran odiar á los matadores. Viendo, pues, los promovedores del tumulto que ni las palabras ni los hechos tenían eficacia para procurarse prosélito alguno, advirtieron tarde cuán peligroso es intentar la libertad de un pueblo que de todas suertes quiere ser siervo y, desesperando de la empresa, se retiraron al templo de Santa Reparata, encerrándose en él, no por salvar la vida, sino por diferir la muerte.

A la primera señal del alboroto los Señores armaron y cerraron el Palacio; pero conocido el caso, sabedores de quiénes eran los que promovían el escándalo y dónde se habían refugiado, se tranquilizaron, ordenando al Capitán que, con muchos hombres armados, fuera á prenderles. Sin gran trabajo forzaron las puertas de la iglesia, donde algunos de los amotinados murieron defendiéndose, y los demás fueron presos. Sometidos éstos á juicio, sólo resultaron con culpa los que habían venido del destierro, y Baroccio y Piggliolo Cavicciulli, quienes sufrieron pena de muerte.

XXVIII (1400). Después de este suceso, ocurrió otro de mayor importancia. Estaba entonces en guerra Florencia, según antes decimos, con el Duque de Milán, quien, comprendiendo que no bastaba la fuerza para vencer á la ciudad, acudió á las intrigas y conspiraciones, y por medio de los desterrados florentinos, que abundaban en Lombardia, urdió un complot de acuerdo con muchos de los que vivían dentro de Florencia. Consistía en que en día determinado, y en sitio inmediato á la ciudad, se reunieran gran número de desterrados aptos para las armas, entraran en Florencia por el río Arno, y unidos á los amigos de dentro, fueran á las casas de los principales magistrados, les mataran y re-

fórmáran después, como quisieran, el gobierno de la República.

Entre los conjurados de dentro de la ciudad había uno de los Ricci, llamado Samminiato, y como sucede con frecuencia en las conspiraciones, que pocos no bastan y muchos ocasionan que se descubra, cuando Samminiato buscaba cómplices, encontró el delator. Hizo participe del secreto á Silvestre Cavicciuli, que por las ofensas causadas á sus parientes y á él mismo, debíasele suponer propicio á la conjura; pero tuvo más fuerza en su ánimo el temor inmediato que la futura esperanza, y seguidamente hizo la denuncia á los Señores. Éstos mandaron prender á Samminiato y le obligaron á que descubriera todo el plan de la conjuración.

Ninguno de los cómplices fué preso, á excepción de Tomás Davizi, que venía de Bolonia sin saber lo que ocurría en Florencia, y le detuvieron antes de llegar. Los demás, al saber la prisión de Samminiato, se asustaron y huyeron.

Castigados Samminiato y Davizi conforme al delito cometido, se creó una *Balia*, ó consejo extraordinario, para el descubrimiento de los demás culpados y para afianzar las instituciones. Esta *Balia* declaró rebeldes á seis miembros de la familia Ricci, seis de los Alberti, dos Médicis, tres Scali, dos Strozzi, Bindo Altoviti, Bernardo Adimari y á muchos del pueblo. Fueron amonestadas las familias de los Alberti, Ricci y Médicis durante diez años, excepto algunos pocos. Entre los no amonestados de los Alberti, era uno maese Antonio, reputado de hombre pacífico; pero ocurrió que, sin haberse disipado aún los temores de la conjuración, fué preso un fraile á quien habían visto, cuando la conjura se fraguaba,

ir y venir muchas veces de Bolonia á Florencia. Confesó que en varias ocasiones trajo cartas para maese Antonio, por lo cual inmediatamente le prendieron, y aunque al principio negara, el fraile le convenció, siendo multado y desterrado á trescientas millas de Florencia. Y para que los Alberti no pusieran cualquier día en peligro las instituciones, fueron también desterrados todos los varones de esta familia de más de quince años de edad.

XXIX. Ocurrieron estos sucesos en 1400; dos años después murió Juan Galeazzo, duque de Milán, cuya muerte, según antes dijimos, puso fin á la guerra con los florentinos, que había durado doce años. Fortificado el gobierno por falta de enemigos exteriores é interiores, realizó la empresa contra Pisa, que tuvo tan glorioso término. La tranquilidad no se alteró en Florencia desde 1400 á 1433; sólo en 1412, por haber quebrantado los Alberti su destierro, creóse contra ellos nueva *Balia* que, con procedimientos nuevos, afianzó el gobierno y persiguió á los Alberti, poniendo á precio sus cabezas.

En esta época sostuvieron guerra los florentinos con el rey de Nápoles, Ladislao, terminando por la muerte de éste en 1414. En dicha guerra, cuando llevaba el Rey la peor parte, dió á los florentinos la ciudad de Cortona, de la cual era señor. Pero poco después, recobrando fuerzas, renovó con ellas la guerra, que fué entonces mucho más peligrosa que antes y de no terminar por muerte del Rey, como por la del Duque de Milán acabó la que con éste sostenían, Florencia se hubiera encontrado, lo mismo con el Rey que con el Duque, en riesgo de perder su libertad.

Esta guerra con el Rey de Nápoles no terminó con menos ventura que aquella; porque cuando se había apo-

derado de Roma, Siena, la Marca y toda la Romaña, faltándole sólo Florencia, para invadir con su ejército Lombardía, murió. De este modo la muerte fué siempre el mejor amigo de los florentinos, y más poderoso para salvarlos que su valor.

Después de morir el Rey, hubo en Florencia tranquilidad interior y exterior durante ocho años, á cuyo término reaparecieron los partidos, á la vez que emprendía la guerra con Felipe, duque de Milán. Los bandos no cesaron ya hasta acabar con aquel gobierno, que duró desde 1381 hasta 1434, mantuvo con tanta gloria tantas guerras, y ganó para el dominio florentino Arezzo, Pisa, Cortona, Liorna y Monte Pulciano.

Mayores cosas hubiera hecho de seguir unidos los ciudadanos y no renovar éstos las antiguas discordias, como las renovaron, según en el siguiente libro se verá demostrado.

LIBRO IV.

SUMARIO.

- I. Peligros en los gobiernos repúblicanos: la servidumbre y la licencia.—II. Estado de Florencia y reorganización del gobierno de esta ciudad.—III. Juan de Bici de Médicis restablece en Florencia la autoridad de su familia (1420). Felipe Visconti, duque de Milán, procura el acuerdo con los florentinos y pacta con ellos la paz.—IV. Por sospechas que tienen los florentinos de las atrevidas empresas del Duque en Italia, recomienza la guerra (1424).—V. Felipe se apodera de Forli.—VI. Son derrotados los florentinos por el ejército del Duque junto á Forli.—VII. Este revés suscita las murmuraciones del pueblo contra los consejeros de la guerra; pero restablece la calma Rinaldo de Albizzi y se provee á la continuación de la guerra.—VIII. Un nuevo tributo impuesto para mantener la guerra provoca desórdenes.—IX. Rinaldo de Albizzi aconseja devolver la gobernación á los poderosos.—X. Juan de Médicis desaprueba el consejo.—XI. Esta desaprobación aumenta su crédito en el pueblo; pero le produce la aversión de Rinaldo (1426).—XII. Heroísmo de Biagio de Melano en la defensa del castillo de Monte Petroso y cobardía de Zanobi del Pino.—XIII. Los florentinos pactan alianza con el señor de Faenza y con los venecianos.—XIV. Institución del catastro, aconsejada principalmente por Juan de Médicis. Disgusta á los ricos. Partidos que ocasiona (1427).—XV. Paz con el Duque de Milán.—XVI. Muerte de Juan de Médicis (1429).—XVII. Rebelión de los de Volterra, sofocada rápidamente.—